

Pampinos



Sergio Guim Araya:

“Vivir en el desierto no es fácil, para nada, por lo mismo los lazos de amistad son más fuertes”



El 14 de julio de 1938 marcó un hito en la historia de la oficina salitrera Chacabuco. Ese día llegó al mundo un pampino de ‘tomo y lomo’, dispuesto a dejar plasmada su vida en los recuerdos de muchas personas, que habitaban y hacían Patria en el Desierto de Atacama.

Sergio Guim Araya es el menor de siete hermanos. Es un destacado y querido profesor, que creció profesionalmente en Antofagasta, especialmente en el Colegio San José, establecimiento donde trabajó por más de 30 años.

Esto junto con ser un destacado boy scout, entre otras actividades que desarrolló a lo largo de su vida. Pero su historia personal lo vinculan a la pampa. Sin dudas.

Este hijo de inmigrante chino tuvo la oportunidad de disfrutar de todas las bondades que proporcionada el desierto, especialmente en la oficina Chacabuco. Su padre fue el concesionario de la pulpería de la salitrera, que abastecía con sus productos a todas las otras oficinas que estaban en sus alrededores.

La oficina Chacabuco estaba localizada en el Cantón Central de Antofagasta y se construyó entre 1922 y 1924, en los terrenos de la exsalitrera Lastenia, con un costo de un millón de libras esterlinas, por aquel entonces. Se inauguró en 1924 y paralizó sus actividades definitivamente en 1940.

¿Qué lo vincula por siempre a la pampa?

“Yo nací en Chacabuco en 1938. Mi padre fue el concesionario de la pulpería de ahí, por lo que me permitió ser conocido y, a la vez, conocer a mucha, pero mucha gente. Gente que hasta el día de hoy nos encontramos y saludamos con mucho aprecio. Porque vivir en la pampa tiene eso: el aprecio que uno genera con los demás. ¿Por qué? Porque vivir en el desierto no es fácil, para nada, por lo mismo los lazos de amistad son más fuertes, por las circunstancias que se pudieron haber vivido ahí, en mi caso en Chacabuco.

El ser hijo del encargado de la pulpería, ¿qué recuerdos le dejó?

“Antes de todo relevar la figura de mi padre, ‘El Chino Guim’. De él aprendí el valor y amor al trabajo. Te cuento. Mi padre llegó desde Calama a Tocopilla y de ahí a la pampa. Fue administrador del camal (matadero). También fue el distribuidor de carne para todas las oficinas salitreras ubicadas en las cercanías de Pampa Unión.

Recuerdo que se levantaba a las 3 de la madrugada todos los días para faenar los vacunos, ya que debía cumplir con la entrega diaria. Por esos años no existían los refrigeradores como ahora, por lo que la carne debía consumirse en el mismo día. Una vez culminada la faena, cargaba los cortes y procedía a recorrer el desierto con sus mulas, que eran sus herramientas de trabajo.

¿Algún suceso o anécdota en particular que lo haya marcado?

“Mira, te voy a contar una situación bastante delicada que sucedió en una ocasión. Era tal la popularidad del ‘Chino Guim’ y muy buenos los comentarios de su servicio y trabajo, que llegó a provocar cierta envidia. Fue tal el grado de envidia, que un día aparecieron muertas las mulas con las que mi padre trabajaba. Las habían envenenado. Usted pensará que esto lo detendría o lo lastimaría. Pues no. Para enfrentar esta nueva realidad, mi padre fue aún más práctico y eficiente. Disminuyó su cartera de clientes, obviamente sin dejar de lado a los dueños y jefes de las oficinas salitreras.

Sin embargo, lo más impresionante para mí, y para todos quienes los conocían, fue el hecho de que al no contar con sus mulas, él todos los días salía a recorrer el desierto antes del alba para poder cumplir con la entrega de carne. Recorría el desierto con un saco al hombro con más de 60 kilos de carne faenada, para que la gente en el desierto pudiera alimentarse. Un ejemplo,

por eso mismo, él es mi héroe y la personas que más me marcó la vida en Chacabuco.

¿Qué recuerdos guarda de su infancia en el desierto?

“Era tan lindo vivir ahí. Los niños éramos muy, pero muy felices. Imagínate un grupo de más de 15 niños jugando todo el día con una pelota de trapo, desde la mañana hasta la noche, con una luna que nos acompañó siempre.

Un día esto sufrió un cambio radical, tanto para mí como para todos mi amigos. No recuerdo bien el día, ni el año, pero sí la situación. Todo cambió el día en que mi papá me regaló mi primera pelota de fútbol, que junto con ser mi primera, fue la primera pelota de fútbol para todos los niños de Chacabuco. Eso fue una revolución, la revolución de los niños de Chacabuco. A partir de ahí jugábamos mucho más. Sin embargo, me gustó y destaqué más en el básquetbol.

¿Qué otros recuerdos de infancia guarda en su corazón de pampino?

“La solidaridad entre los niños. Pese a que a mí nunca me faltó nada, no pasé apremios económicos como otros amigos, pero aún así nuestro espíritu era de contribuir y sumar. Por lo que nos gustaba ayudar a los vecinos en todo lo que necesitaran. Y como niños, siempre prestos a colaborar y disfrutar de la vida, sin otro objetivo que ser feliz, feliz en el desierto. Yo fui feliz en la pampa.

Pampinos



EL MERCURIO
DE ANTOFAGASTA

PRODUCE:

soyantofagasta



AUSPICIA:
Soluciones para el desarrollo humano



COLABORA:
UNION COMERCIAL INDUSTRIAL DE LA SIERRA



HISTORIAS DE NUESTRA PAMPA

TODOS LOS VIERNES EN

EL MERCURIO
DE ANTOFAGASTA

Y ENTREVISTA EN

“LA MAÑANA DIGITAL”

97.1 ANTOFAGASTA
89.5 CALAMA

